

Muchas veces usamos mil palabras, dos mil fotocopias y varias horas en explicar algo que queremos. «Menos palabras y más parábolas» es el arte de demostrar, por ejemplo, que el entusiasmo puede más que la sumisión

MENOS PALABRAS Y MÁS PARÁBOLAS

— Loreto García Muriel, Colegio Tomás Moro, México —

Una mañana encontré a un forastero que caminaba deprisa por el sendero. Me sorprendió su manera de caminar, ágil y de prisa. Sobre sus brazos llevaba cántaros, vasijas y jarros **cuidadosamente acomodados**. Eran toda clase de cacharros, unos redondos, otros alargados, algunos grandes y algunos más pequeñitos. Los prendía a su cuerpo con fuertes broches y con gruesas cuerdas.

Mi curiosidad fue tan grande que, con toda imprudencia, detuve su marcha y le pregunté:

—¿A dónde te diriges con tanta prisa y por qué llevas contigo ese cargamento tan pesado?

Con voz agradable y una sonrisa en los labios me miró y aligeró su paso.

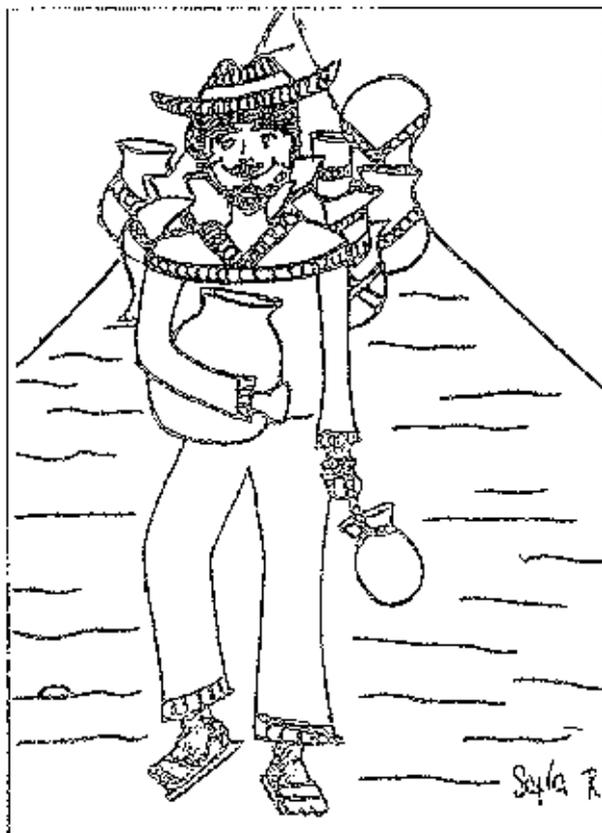
—Me han dicho —me dijo— que al final de este sendero puedo encontrar el estanque de los sueños.

Llevo todas estas vasijas para llenarlas de agua. Sé que con ella calmaré mi sed y la de mi pueblo. Llevaré agua para **aliviar** a los enfermos, para **refrescar** a los niños, para **regar** los huertos, para **limpiar** las impurezas de los egoístas, para **limar** las asperezas entre las relaciones agresivas, para **lavar** las ideas de los necios, para **mitigar** las heridas de los tristes, para **contagiar** los pensamientos de los sabios y para regar **amor y sentido del humor** entre todos los de mi pueblo.

—Tengo mucha prisa —continuó— porque tengo **ilusión** por llegar, y me **interesa** regresar antes del atardecer para que todos puedan **disfrutar** de esta agua desde el día de hoy. Mi cargamento es mucho pero no me pesa, lo **sujeté a mi cuerpo y también a mis deseos**.

Con alegría estiró su mano y sin detenerse se despidió de mí, dejándome pensativo.

—Este es un hombre de éxito —me dije— va a alcanzar



lo que se propuso, **¡qué satisfacción va a experimentar y cuánta riqueza va a llevar a su pueblo!**

Unos minutos más tarde, vi a lo lejos, por el mismo sendero, otra figura; se veía torpe y lenta.

—¿Será un hipopótamo o quizá un rinoceronte?— me pregunté.

Tuve que esperar mucho rato para distinguir que no era animal alguno, era un hombre. Cargaba algunos utensilios hondos sobre el lomo y otros más llevaba **arrastrando** de sus piernas. A pesar de que trataba de caminar presuroso, se **tropezaba** continuamente y cada cinco pasos se tenía que sentar a descansar.

Mi curiosidad volvió a impulsarme y me acerqué para preguntar:

—¿A dónde te diriges con tanta prisa y por qué llevas ese cargamento tan pesado?

Con voz pastosa y respiración agitada se detuvo y se apoyó sobre un tronco.

—**Me mandan**— contestó— dicen que allá está es estan que de los sueños. **Debo** traer toda el agua que quepa en estos trastos para entregarla al anciano de mi pueblo, él **sabr**á para qué utilizarla, pues dice que es muy necesaria para mí y para todos. Llevo prisa porque me encomendaron que volviera antes del atardecer si quería participar de esta agua y evitarme el **castigo** de los dioses. Sí, mi cargamento es muy pesado, no sé si llegaré con él, quizá vaya tirando algunos de estos cacharros por el camino, no creo que se den cuenta cuando llegue.

Con gran esfuerzo se levantó de nuevo y sin decirme adiós, prosiguió su viaje.

Durante parte del día, esperé con paciencia pues tenía mucho interés en verlos regresar. Me preguntaba si habrían encontrado lo que buscaban.

Los dos hombres volvieron antes del atardecer. Ambos traían el agua. Sin embargo, observé una **diferencia** entre ellos: el primero regresaba con paso constante. Se veía fatigado pero en su rostro vi dibujada la **satisfacción** y en su frente el **orgullo**.

—Hasta pronto amigo— me dijo al pasar—. Mira toda el agua que llevo, pronto **regresaré por más** pues deseo **apagar la sed de toda la humanidad**.

El segundo venía agotado. Su carga ya no era tan pesada pues había tirado muchas vasijas en el camino.



—Cumpli— me dijo al verme— nadie podrá castigarme. Espero que no me pidan más agua pues buscaré la forma de no regresar por este sendero.

Durante un buen rato seguí observando a los dos hombres hasta que los perdí de vista, pero sus rostros quedaron grabados en mi pensamiento y en mi corazón.

Los dos habían logrado lo propuesto, pero solamente uno de ellos había encontrado **sentido** a su esfuerzo. Me quedé esperando, **seguramente lo volvería a ver pasar por aquí**.

COLORÍN COLORADO, este cuento se ha terminado; pero el **AGUA jamás se ha agotado**



— ACTIVIDADES —

Queridos maestros:

Se me ocurrió inventar este cuento al observar diariamente y por muchos años a nuestros alumnos.

Muchas veces me detengo a contemplar con gusto la imagen de aquellos que muestran entusiasmo, interés, dedicación, orgullo por aprender, satisfacción por lo logrado. Están aprendiendo, pienso, seguramente los «volveré a ver pasar».

Con tristeza también observo a otros. A veces los confundo con rinocerontes. Llevan consigo una carga de apatía, enojo, rebeldía y también sumisión (sobre todo aquellos que alcanzan la calificación requerida). Están repitiendo, están obedeciendo, están siendo más cuidadosos, están cumpliendo, se están cuidando, pero no están aprendiendo. Lástima quizá detendrán su camino, o irán tirando algunas de sus vasijas llenas de agua.